

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN MADRID.

Por un mes. . . . .	4 reales.
Por tres id. . . . .	11 »
Por seis id. . . . .	21 »
Por un año. . . . .	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

## Número suelto, CUATRO CUARTOS.

## GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

## PRECIO DE SUSCRICION.

## EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administración. . . . .	15 reales.
Por seis id. . . . .	28 »
Un año id. . . . .	50 »
ESTRANJERO, tres meses. . . . .	30 »
ULTRAMAR, un año. . . . .	6 pesos

Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

## ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

## LO QUE CORRE POR AHÍ.

¿Se han divertido Vds. este Carnaval?

Yo tambien.

Me han dado el gran bromazo de la época, porque han de saber Vds. que acostumbro á ir á los bailes desde tiempo inmemorial.

El frio era á propósito para bromas.

De alguna manera habíamos de rendir culto á ese señorito loco llamado D. Carnaval por Gutierrez de Alba, y dispensador este año de un viento capaz de helar la risa en los labios del mejor bufo.

Pues á pesar del mal tiempo nos hemos divertido.

Bailes, jaleos, estudiantinas, alguna pelea, vino por activa y mujeres por pasiva...

¡Famoso!

¡Piramidal!

¡Monumental!

En fin, que yo me he divertido.

Y llegó el miércoles de ceniza.

Vanidades del mundo, locas carcajadas, carne de cerdo, todo desapareció en un momento.

Con el Carnaval terminó sus tareas la compañía dramática formada por Catalina en el teatro de la Zarzuela.

Y sucedió lo de siempre: al principio grandes esperanzas, al final grandes desengaños.

No hace mucho tiempo, al anunciarse que Romea y Valero iban á trabajar juntos, el arte dió un salto de alegría y los abonados se llevaron las manos á los bolsillos.

Hubo un abono considerable y digno de mucho respeto.

Trabajaron juntos la primera noche, y ¡buenas noches!

Los abonados sacaron de sus bolsillos las manos, y el arte dió otro salto y se fué al catre.

Al día siguiente conoció la empresa las inmensas ventajas de haber tenido juntos á Romea y Valero: déficit de unos cuantos miles de duros.

Este año...

Han trabajado juntas Matilde y Teodora.

Y no solo han trabajado juntas, sino que han trabajado bien.

El arte volvió á dar otro salto de alegría, los abonados se llevaron las manos á los bolsillos, y el popular clamor, siempre niño, dijo cándidamente como Zorrilla: ¡Veamos!

Dos, tres, cuatro años de suerte, de perseverancia y de talento, habian dado á Catalina renombre de empresario ganancioso.

Veamos lo que ha conseguido este año; pero mejor es no verlo.

Memento homo...

Con este título publicó el año pasado un artículo en este periódico mi amigo Robert.

¡Qué recuerdo, Leonor!

Ha pasado un año, y en ese tiempo hemos sufrido

todas las variaciones de la atmósfera, como es consiguiente: calor, frio, nieves, lluvias, sol, nubes; y en los teatros, aplausos, coronas, silbas, éxitos y fiascos.

El mundo literario se encuentra á la misma altura.

En cuanto al mundo artístico, solo he echado de ménos la misteriosa aparicion de Price, que todas las primaveras entraba en el café Suizo anunciando, como la golondrina africana, el porvenir sereno.

Digan Vds. lo que quieran, pero Price no tiene sustitucion: su Circo destartado, sus clowns, sus pantomimas, su panza abultada y puntiaguda, sus mofletes, todo en su Circo y en su figura hablaba al alma de un mundo superior, y revelaba al pensamiento la region desconocida donde un génio saltarin fabrica aros de papel y cuelga trapeacios.

Y Price ha desaparecido tambien...

Como va á desaparecer la filosófica abstinencia de Moreno Godino.

Como va á desaparecer, del sitio que hoy ocupa, la hermosa Plaza de Toros.

¿Qué será entonces de Madrid?

Porque la verdad es que Madrid tiene su fisonomía tan clara y determinada como cualquier hijo de vecino,—que no siempre ha de ser de vecino (y lo primero es más seguro).

El que no conoce otro Madrid que el Madrid elegante, el Madrid de los salones, del lujo y del gas, ignora los rasgos más salientes de la fisonomía de Madrid.

Madrid elegante es Paris, Lóndres, Berlin, Florencia.

Pero el Madrid de los madrileños no se confunde con ninguna poblacion. Por ejemplo:

La esquina del Suizo, con sus pollos elegantes y la aparicion de algunos escritores, entre los cuales asoma la cara mi amigo Santa Coloma con un reglamento de toros en el bolsillo;

El café de Madrid, con sus reyertas de pintores;

La última hora en la Iberia, en lo alto de la red de San Luis, en la cocinilla del Casino, en la Zarzuela y en la taberna de la calle de la Gorguera;

La calle de Sevilla, con sus toreros que cruzan y sus puestos de flores que adornan la entrada de la más elegante taberna del barrio, en la cual hay una infinidad de canarios en jaulas, para ayudar al vino en su destructora mision;

¡Y otras muchas bellezas que fuera prolijo enumerar!

Volviendo al asunto: Carnaval pasó, y no encuentro nada que decir á Vds. que sea tan cierto como esto:

Yo me he divertido.

Y abur.

¡Ah! Se me olvidaba: advierto á Vds. que estoy bueno, aunque parezca mentira.

Luis Rivera.

## A UNA BOCA.

Boca no se vió jamás como tu boca, Ginés; hablando, vale por tres, comiendo, por muchos más.

Quando á pedir se dedica sin vergüenza y sin sosiego, parece boca de riego que á todo el mundo salpica.

Y cuando suelta el embozo para verter una idea, por lo que oculta y marea parece boca de pozo.

Tu boca á furor provoca, y hay quien, perdiendo la calma, juzga que no tienes alma ó la tienes en la boca.

Nadie en amantes deseos por tu boca suspiró, aunque hay quien la confundió con el buzón de Correos.

No hubo quien tal heroísmo en un corazón guardara, que á tu boca se asomara mejor que á la de un abismo;

Por no ver en su interior tu diente negro y gastado, padron de ignominia alzado en el solar de un traidor.

La ventura de la vida que hoy es ruin y pasajera, fuera colosal, si fuera de ella tu boca medida.

Si afirma que se equivoca quien tiene boca, el refran, pocos se equivocarán, como tú, con esa boca.

No es que á mi suerte mezquina con tal pretension arguya; mas ¡ay! ¡si como la tuya me abriera una boca-mina!

Si á matar una opinion basta una boca pequeña, tu boca, si es que se empeña, matar puede una nacion.

Por eso cuantos la ven dicen con voz angustiada: «De esa boca condenada el Señor nos libre, amen.»

Y yo, que no soy de roca, pido á Dios con ansia loca verte andar de puerta en puerta con tamaña boca abierta y con el credo en la boca.

M. del Palacio.

## MADRID DE NOCHE.

## ARTÍCULO SESTO.

## I.

Aparece el gigante Ferragús, y el gigante Fiarabrás se hace Santo, segun el arzobispo Turpin.

Se presenta en el mundo elegante la elegante duquesa de A, y la elegante duquesa de B se muere.

Surge en la literatura nocturna D. Juan de la Puerta Vizcaino, y me retiro yo á la vida privada.

Digo esto á consecuencia de haber llegado á mis manos una obra de dicho señor, titulada:

## LAS AVES NOCTURNAS

(HISTORIA DE DOS HUÉRFANOS.)

Pues bien: yo que presumia de saberlo todo, de ser el único cronista de la noche, no conozco á esas aves en la

ornitología nocturna, ni tengo la más mínima noticia de esos dos huérfanos.

¡Estoy humillado! Así es, que habiendo pensado de antemano contar una historia de tres huérfanos filántropos nocturnos, lo haré, sí; pero sin estilo, sin color, desanimado, místico, como lo hubiera estado D. Quijote á ser vencido por el vizcaino.

Hé aquí mi historia.

II.

Hay en la calle del Espíritu Santo, esquina á la de Jesús del Valle, una tahona trasmitida de padres á hijos, durante siete generaciones de tahoneros.

Cuando en ella un tahonero va á morir, llama á su hijo, y pronuncia estas palabras tradicionales:

«Hijo mío: parece mentira, pero no lo es, que en Madrid haya gente que esté sin comer aun despues de las doce de la noche. ¡Será por olvido, será por desprecio hacia el dinero! no sé, pero la verdad es que la cosa sucede. Para obviar este inconveniente, y á fin de que los infelices hambrientos hallen medio de remediar su necesidad sin tener que esperar á que por la mañana se abran las tiendas, te encargo que sigas la tradición de nuestra raza. Desde las doce de la noche en adelante, procura tener hechas rosas, y para despacharlas deja abierto el ventanillo que da á la calle de Jesús del Valle.

—Padre, ¿las cobro? pregunta el hijo.

—Sí, hijo, contesta el padre, pues de no ser así humillarías á los necesitados; es más, para llevar al extremo la delicadeza, puedes venderlas algo más caras.»

Esto sucede, en efecto; la tahona del Espíritu Santo es el *caravansérail* de la noche.

Por consecuencia, uno de los tres huérfanos filántropos es un tahonero.

Pero este *restaurant* nocturno no llenaría completamente su objeto, sin la adorable prevision de la Providencia.

III.

El cocodrilo es un animal muy carnívoro, dotado de una magnífica dentadura, pero que carece de lengua: según la tradición, en un momento de imprevision, quizá apurado por sus ingleses, se la vendió al perro, que no la tenía, y que, como es notorio, la utiliza para tantos usos.

De aquí proviene el odio inextinguible que el cocodrilo profesa al perro.

Pues bien; el cocodrilo devora su presa, y luego no puede limpiarse las partículas de carne adheridas en la masticacion al alveolo dental. Sobreviene la putrefaccion, rapidísima en aquellos climas (América oriental); el animal padece dolores horribles, y de esta causa dimana el *lanto del cocodrilo*, que los poetas y los sábios han creído una añagaza cuando no es más que un quejido.

En este conflicto aparece un pájaro, que es como si dijéramos el Nogués ó el doña Polonia Sanz de los cocodrilos, y que aproximándose á la abierta boca del gloton doliente, introduce en ella su largo pico y se la limpia con la mayor perfeccion...

AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (4)

(Continuacion.)

—A eso voy. ¿Tiene Vd. hora? Mi reloj anda como Dios quiere.

—Las ocho.

—¡Cáspita! Y el tren sale á las ocho y media. Tengo el tiempo justo.

—¿Va Vd. de viaje?

—Sí, pero muy cerca. Si gusta Vd. de acompañarme...

—Me parece Vd. un ente muy original.

—Pues más original es todavía lo que me sucede. Fíjese Vd...

—No puedo escuchar más, me quedo aquí.

—¿En el hospital de San Juan de Dios?

—Sí señor, voy á hacer una visita.

—Para eso no le hará á Vd. falta el paraguas. Si usted quisiera prestármelo, yo se lo mandaría á Vd. desde la estacion.

—La franqueza de Vd. me sorprende.

—No es eso lo que me hace falta, sino el paraguas. Yo me llamo... pero aquí tiene Vd. mi tarjeta con las señas de mi casa, la cual pongo á su disposicion.

—Muchas gracias... Aquí tiene Vd. la mia y el paraguas, envíemelo Vd. á estas señas.

—Es Vd. todo un hombre.

—Buen viaje.

—Que Vd. salga con bien del hospital.

Y Joaquin cogió su paraguas y bajó por la calle de Atocha á toda prisa.

Antes de tomar el billete se hizo esta reflexion:

(4) Véase desde el número 41.

Este engranaje providencial resalta admirablemente en la historia de los huérfanos nocturnos; porque, en efecto, la tahona, aislada, ignorada de muchos hambrientos, significaría poco, á no completarse su mision con la existencia de otros dos personajes, que son:

Un sereno.  
Un perro.

IV.

Ignoro el verdadero nombre del sereno, porque en la calle donde este ejerce su oficio todos los serenos, desde tiempo inmemorial, se llaman *Troncos*, ni más ni menos que en Egipto todos los reyes se llamaban Faraones, solo sé que el *Tronco* actual es un personaje extraordinario. Divide sus dias, ó mejor dicho, sus noches entre el estudio y la filantropía.

Las primeras horas nocturnas las emplea en leer á la luz de su farol; así es, que sabe tanto como cualquiera erudito, y por él he sabido yo que Bursurcumbur fué un gran legislador indio y Livinus Bambubseli un célebre quita-manchas italiano. Crítico á su modo, Tronco nunca se equivoca, y en literatura, especialmente, siempre distingue la batista del madapolan.

La otra noche me llamó, y presentándome un libro abierto, arrimó el farol, y me dijo:

—Lea Vd.

Yo leí:

Calló la voz infernal,  
y en medio de tanto mal,  
Teresa, con dulce anhelo,  
seguía elevando al cielo  
su mirada angelical.

A su memoria traía  
el dulce clamor que un dia  
levantaba el justo de Hus;  
las angustias de María;  
los suplicios de Jesus.

Y llegando á comprender  
los misterios causadores  
del humano padecer,  
quizá hallaba en sus dolores  
¡las dulzuras del placer!

Quizá al fervoroso aliento  
de su ardiente y puro amor,  
ansiaba mayor tormento,  
buscando el merecimiento  
de una victoria mayor...

Seguí leyendo; me leí todo el libro. Miré el título: *Santa Teresa. Poema. Silio.*

—¿Qué tal? me preguntó el sereno.

—¡Correccion, estro, sencillez!—murmuré yo.—¡Dichosa santa, desventurado poeta!

—Hombre, ¿por qué?

—Porque un poeta en el mundo es una mariposa en una colmena.

V.

Llegada la media noche, Tronco se dedica á observar á los transeuntes; pero nunca se fija en los que ostentan buen exterior; por ejemplo; los capitalistas que por higiene se retiran á pié á su casa, los directores que salen

—¿Tomaré billete de primera ó de segunda clase? Voy solo y el viaje es corto. Además, en primera clase va poca gente; en segunda se viaja con más animacion. Por otra parte, es más barato. Me decido por lo último. La economia sienta bien en un padre de familia. Quédense los despilfarros para los solteros recalitrantes.

Tomó Joaquin su billete, y entró en un coche de segunda.

Salió el tren.

Aquí debería yo emplear unas cuantas páginas describiendo cómo marcha el tren, cómo sube el humo, cómo silba la máquina y cómo huyen espantadas las cabras del monte y los gorriones de la llanura.

¡Pecador de mí!

Tengo la debilidad de insistir en que vosotros, al hacer un viaje, habeis sentido todas esas dulces emociones, y puedo con este motivo escusarme su relato.

Un tren que marcha... ¡Ah! ¡cómo corre!... ¡Ah! ¡cómo vuela!

Un tren que se detiene... ¡Ah! ¡cómo pára! ¡Ah! ¡cómo se está quieto!

Entre estos dos extremos,—es decir, entre volar y parar—está admirablemente reconcentrada toda la poesia del viaje en ferro-carril.

¿Quereis más? Un alma sensible y romántica leerá con avidez las infinitas descripciones de las novelas á cuatro cuartos, esas hijas mimadas de la dulce, blanda, incommensurable y beatísima ignorancia popular.

En esas afortunadas obras, gloria de los Maninis y Guijarros, nada sucede sin que el autor nos diga:—Era de noche, y la luna...—Era la tarde, el sol majestuoso...—Era una mañana de primavera.—Era al amanecer de un dia...

A esta fecundidad prefiero el laconismo de *La Correspondencia*:—Ayer se suicidó con fósforos una joven.—

modestamente de su ministerio, los sócios del Casino, aun despues de suprimido su mejor entretenimiento. Tronco analiza á los de aspecto lúgubre, á los que andan con paso incierto, sin meter ruido por ausencia de los tacones.

Olfatea el hambre y sondea el estómago: es el Diógenes de la miseria.

Una vez hallado su hombre (la desgracia siempre está solitaria), procura trabar conversacion con él, observa su semblante, comenta en la imaginacion sus palabras, y mañosamente le arranca su secreto, en el caso de que la víctima no sea expansiva.

Entonces el sereno grita:

—¡Hambre!

El indirectamente aludido hace un movimiento de disgusto, y á los pocos momentos aparece un perro, enroscado hasta entonces en el quicio de una puerta, que es el aludido verdaderamente.

Hambre es un perro de lanas; pero de lanas tan espesas, súcias y largas, que ocultan completamente al perro. Se asemeja á un dogo, con un pellejo de lanas sobrepuesto, para entre cuero y carne introducir contrabando. Pequeño y muy largo, de patas cortas que asoman apenas por entre colgantes vedijas, parece que no anda sino que se arrastra; en resolucion, por estas circunstancias y por la rigidez de sus movimientos, Hambre tiene más de reptil, de invertebrado, de cualquiera cosa, que de perro.

—Siga Vd. á este perro—dice el sereno al hambriento; y luego añade dirigiéndose al perro:

—¡Hambre, á la tahona!

El perro toma el camino, el hambriento le sigue, un rato despues sale una rosca por el ventanillo de la calle de Jesús del Valle, y siete generaciones de tahoneros sonríen de satisfaccion en el mundo de los espíritus.

Se me olvidaba decir que el sereno y el perro son huérfanos de padre y madre.

VI.

El siguiente fragmento de un libro antiguo, hacia llorar al sentimental Sterne:

*Las lamentaciones del glorioso rey de Kaernavan encarcelado por sus propios hijos.*

Oid ahora un epitafio que me hará llorar á mí despues de muerto:

«Aquí yace el autor de *Madrid de noche* envenenado por sus propios artículos.»

F. Moreno Godino.

MURMULLOS.

Pues señor, el *Diario de Teatros* se ha incomodado con sus admiradores, y llamándolos *gentes* les suelta entre otras esta deliciosa andanada:

«Ansiosos de que por la prosperidad de las empresas teatrales se estimulen en nuestros autores dramáticos la vena cómica, hemos hecho, hacemos y haremos todo lo que á este resultado sea conducente (*¡cuántos sacrificios!*);

Esta mañana atropelló un coche á un sordo.—En la calle del Lobo murió un hombre de repente.

¡Esto es escribir, sí señor! Este es el estilo que conviene al viaje en vapor. Cuando muere un hombre, ¿qué falta hace saber si iba el sol en la mitad de su carrera,—cosa tan innecesaria como falsa, toda vez que el sol no sigue carrera alguna; qué falta hace, repito, saber si era de dia ó de noche?

Supongo que cuando en una novela de á cuatro cuartos la entrega os describen con todos los pelos y señales la muerte de un hombre, ninguno de vosotros se pone á considerar que, si no hubiera estado el dia tormentoso, era imposible que hubiera muerto.

Lo mismo pensamos *La Correspondencia* y yo.

Sin embargo, mi laconismo no llega al de este colega.

*La Correspondencia* se hubiera contentado, por ejemplo, con decir en el presente caso:

«Un caballero que vive en la calle del Oso, dió á criar su hijo á una nodriza, cerca de Madrid, y á los ocho dias el niño se volvió niña, sin que hasta ahora se haya podido explicar este fenómeno.»

Confieso que esto seria ya demasiado seco.

No, yo no soy tan seco.

Quiero haceros una novela con todas las reglas, como sabe hacerlas mi amigo Enrique Perez Escrich, el cual me ponderaba un dia en estos términos la facilidad con que escribia las entregas:

«Hay dias que necesito escribir una entrega, y no encuentro asunto; entra mi criada con el chocolate, y exclamo:—¡Ya pareció aquello!—y empiezo á escribir así:

«Querido lector, tengo yo una criada muy cuca.

Tiene mi criada un novio, que es carabinero desde que nació... etc.

Y lleno dos entregas con la descripcion é historia de

## CARNAVAL Y CUARESMA.



Martes de Carnaval.

—Mascaritas, ¿quereis venir al ambigú? ¡Cena magnífica, champagne y otros escesos!



Miércoles de Ceniza.

—¡Ay! ¡Ayer tantos platos y bebias!  
—¡Hoy solo este puchero de judias!

mi criada y sus amores con el carabnero real ó provincial.»

¡Admirable literatura! Tú das á cada cual lo que há menester para buscarse la vida honradamente.

Todo lo que va dicho es un lujo de digresiones, y me dará la importancia de un narrador experimentado que aprovecha las ocasiones de entretener á los lectores con vulgaridades que á nadie interesan,—cosa indispensable y del gusto del público en general.

Quedamos, pues, en que el tren salió de Madrid.

Y lo más extraordinario es que llegó á Aranjuez sin averías.

Joaquin tomó una tartana, y se dirigió á Ocaña. Preguntó por el ama de cria, y se personó en su casa.

Antes de llegar sintió dos ruidos que parecían uno, dos lamentos confundidos, uno grave y otro agudo.

Lloraba alguien: por el sonido se descubría á un niño y á una mujer.

—¿Qué demonios podrá ser esto? se preguntó Joaquin.

Abrió la puerta y penetró diciendo:

—Con licencia.

—Vd. no la tiene, respondió un hombre.

Este hombre era el marido de Vicenta Rubiales, que estaba alegrillo y sacudía á su mujer el polvo de la ropa con una vara de fresno.

—¿Quién llora por ahí?

—¡Ay, señorito, no se acerque Vd., que le puede tocar algun latigazo, dijo la pobre Vicenta.

El marido se quedó parado con la vara suspendida en el aire.

—¿Quién me ha de pegar á mí? dijo Joaquin dando un paso.

—¿A qué viene este calandria? añadió Puerta, porque ya saben Vds. que se llama Puerta el dulce esposo de Vicenta.

—¿Qué quiere Vd. decir con calandria? insistió Joaquin.

—Es el padre de la niña, dijo por fin Vicenta.

—¡El padre!

—¡El mismo! Y extraño mucho que no me lo haya usted conocido en la cara.

—Hombre, ni que tuviera Vd. un letrero en la frente y yo supiera leer...

—A lo que vengo, vengo. Necesito saber...

—¿Qué necesita Vd. saber, por qué le pego á mi mujer? Pues le pego porque me da la gana, ¿estamos? Es mi mujer, yo soy su marido, y Vd. no tiene que meterse en nuestros asuntos.

—Ni yo pretendo tal cosa... pero ese niño que llora debe ser el mio... y en nombre de mi paternidad ofendida reclamo un poco de atencion. En primer lugar, hágame Vd. el obsequio de ir por el niño, Vicenta.

—Mí mujer no va á ninguna parte mientras no me dé los seis reales que le pido.

—¿Luego la causa de esta tollina son seis miserables reales?

—Esta mañana, añadió Vicenta, me dejé el dinero sobre esta silla, y el pícaro me ha cogido unos cuartos y se ha ido á la taberna. Así que prueba el vino, no hay quien pueda con él. Se le calienta la boca como á los caballos, y no pára hasta que se cae borracho.

—¡Bonitas mañas tiene su marido de Vd.!

—¿Se burla Vd. de mí? interrumpió Puerta alzando la vara.

Vicenta se puso por medio.

—No crea Vd., dijo, que por lo demás tiene un génio que ni un ángel. Mientras no se le calienta la boca se puede hacer de él lo que se quiera.

—Vamos, entonces es diferente.

—Sí señor, sí, mi marido es muy bueno y hasta cari-

ñoso con su mujer. Pero una vez *picado* en el vino no pára hasta que toma la gran chispa.

—Pues ya que necesita acabar por ahí, tome Vd. los seis reales, beba Vd. lo que le falta y luego á dormir.

Puerta vió los seis reales y soltó la vara: primera señal de agradecimiento. Despues alargó la mano, los tomó y se quitó el sombrero: segunda señal de agradecimiento.

Acto continuo, dijo: «buenos dias» y se fué á la taberna.

El niño, ó la niña, seguía llorando.

Así que Joaquin se quedó solo exclamó:

—¿Pero qué es esto, señora doña Vicenta? ¿En qué cueva ha caído mi hijo? ¿Qué trastorno, qué perversion moral, intelectual, local y animal es esta? ¿Es decir que tiene Vd. un marido á quien nadie puede contener así que se le calienta la boca? Si á lo ménos se le calentara con un hierro ardiendo.

—No diga Vd. eso, señorito, si el pobre hombre no tiene más que ese defectillo.

—Pues es flojo el defectillo. Pero vamos á lo que importa. Quiero ver á mi hijo inmediatamente. Quiero salir de una horrible duda que me ha propinado la carta de usted. ¿Sabé Vd. escribir?

—No señor, no tuve tiempo de aprender. La carta la escribió mi marido.

—¿Cuando tenia la boca caliente?

—¡Quiá! Aquel dia no lo habia probado. Si mi marido es muy listo para todo ménos para trabajar.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

